

DOMINGO II DE CUARESMA "A"

Los que habían anunciado al Mesías ven su luz; los que tienen que anunciarlo verán antes su cruz

Gn 12,1-4a:

Vocación de Abraham, padre del pueblo de Dios

Sal 32, 4-32:

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti

2Tm 1,8b-10:

Dios llama y nos ilumina

Mt 17,1-9:

Su rostro resplandeció como el sol

I. LA PALABRA DE DIOS

El Evangelio de la Transfiguración del Señor pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y que anuncia la divinización del hombre. La comunidad cristiana toma conciencia de que es llevada, como los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan «**aparte, a un monte alto**» (Mt 17, 1), para acoger nuevamente en Cristo, como hijos en el Hijo, el don de la gracia de Dios: «**Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle**». Es la invitación a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios: Él quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro espíritu, donde discierne el bien y el mal y fortalece la voluntad de seguir al Señor.

La escena de la **Transfiguración**, situada junto a la predicción de la Pasión, hace que los discípulos descubran la profundidad de lo que antes les resultaba escandaloso: el anuncio de la Cruz. Para los discípulos, que acaban de oír que el Mesías realizará su misión mediante el sufrimiento, la transfiguración de Jesús tenía una función pedagógica: sostener su fe con una experiencia de gloria, breve anticipación de lo que verían cuando el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos.

La llamada a la conversión que la Iglesia nos ha dirigido en el primer domingo, ahora se precisa más. La conversión sólo es posible mirando a Cristo, dejándonos cautivar por su infinito atractivo: «**Señor, ¡qué hermoso es estar aquí!**». Contemplando a Cristo también nosotros vamos siendo transfigurados; recibiendo su luz vamos siendo transformados en una imagen cada vez más perfecta del Señor.

«**Nos salvó y nos llamó a una vida santa**» (segunda lectura). La conversión no es poner algún parche o remiendo a los defectos más gruesos. Cristo quiere hacernos santos. Y la conversión está en función de esta vida santa a la que Él nos llama. El Señor no se conforma con menos. La conversión debe ser continua, hasta que quede perfectamente restaurada en nosotros la imagen de Dios, hasta que Cristo sea plenamente formado en nosotros, hasta que en todo y siempre nos dejemos conducir por el Espíritu. Dejar de lado la tarea de la conversión es olvidar que hemos sido llamados a una vida santa y es despreciar a Cristo que nos llama a ella.

«**Sal de tu tierra**» (primera lectura). La respuesta de **Abraham** a la llamada de Dios irrumpiendo en su historia, no puede ser otra que la fe. Es respuesta arriesgada, porque no sabe a dónde va; y segura porque Dios está con él. Luz y tinieblas mezcladas. También a nosotros se nos dirige esta llamada, como a Abraham. Conversión significa salir de nosotros mismos, romper con nuestra instalación y nuestras seguridades, dejar nuestros egoísmos y comodidades. Llamada a la santidad significa ponernos en camino hacia la tierra que el Señor nos

mostrará, con entera disponibilidad a su voluntad, a los planes que nos irá manifestando, para que nos lleve a donde Él quiera, cuando y como Él quiera.

«**Sal de tu tierra**» significa también «**toma parte en los duros trabajos del evangelio según las fuerzas que Dios te dé**» (segunda lectura), es decir, colabora con todas tus energías para que muchos otros puedan recibir la buena noticia de que su vida puede cambiar a mejor, que pueden convertirse y ser santos, con la gracia de Dios. He ahí el profundo sentido apostólico, evangelizador y misionero de la Cuaresma. El Señor nos promete, como a Abraham: «**De ti haré un gran pueblo**». El Señor desea que demos fruto abundante (Jn 15,16). Pero una vida mediocre es una vida estéril. De nuestra conversión y santidad depende que nuestra vida sea fecunda.

La cruz en el horizonte del cristiano, aunque como a los discípulos dé miedo, no deja de ser identificación con el propio Cristo. A la luz del Tabor es sencillo sentirse cómodo; pero el de la luz no es el Cristo "completo": falta el paso de la Cruz.

II. LA FE DE LA IGLESIA

La Transfiguración, visión anticipada del Reino (568, 554 – 556).

La Transfiguración de Cristo tiene por finalidad **fortalecer la fe** de los apóstoles ante la proximidad de la Pasión: la subida a un "monte alto" **prepara la subida al Calvario**. Cristo, Cabeza de la Iglesia, manifiesta lo que su cuerpo contiene e irradia en los **sacramentos**: "la esperanza de la gloria".

A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro «**comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día**»: Pedro rechazó este anuncio, los otros no lo comprendieron mejor. En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la **Transfiguración** de Jesús, sobre una montaña, ante tres testigos elegidos por Él: Pedro, Santiago y Juan. El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le «**hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén**». Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: «**Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle**».

Por un instante, **Jesús muestra su gloria divina**, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria", **es necesario pasar por la Cruz** en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías. La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del **Padre**: el Hijo actúa como **siervo de Dios**. La nube indica la presencia del **Espíritu Santo**: "Apareció toda la Trinidad: el Pa-

dre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (Santo Tomás de Aquino).

En el umbral de la vida pública se sitúa el **Bautismo**; en el de la Pascua, la **Transfiguración**. Por el Bautismo de Jesús "fue manifestado el misterio de la primera regeneración": **nuestro bautismo**; la Transfiguración "es el sacramento de la segunda regeneración": **nuestra propia resurrección**.

Desde ahora nosotros **participamos en la Resurrección del Señor** por el Espíritu Santo que actúa en los **sacramentos** del Cuerpo de Cristo. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo «*el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo*» (Flp 3, 21). Pero ella nos recuerda también que «*es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*»: "Pedro no había comprendido eso cuando deseaba vivir con Cristo en la montaña. Te ha reservado eso, oh Pedro, para después de la muerte. Pero ahora, él mismo dice: Desciende para penar en la tierra, para servir en la tierra, para ser despreciado y crucificado en la tierra. La Vida descende para hacerse matar; el Pan descende para tener hambre; el Camino descende para fatigarse andando; la Fuente descende para sentir la sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir?" (S. Agustín).

En la Cruz Jesús nos mereció la salvación (616 – 618).

Jesús consume su sacrificio en la cruz. El "amor hasta el extremo" es el que **confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo**. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida. «*El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron*» (2 Co 5, 14). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. **La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo**, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su **sacrificio redentor por todos**.

"Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación" enseña el Concilio de Trento subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como "causa de salvación eterna". Y la Iglesia venera la Cruz cantando: "Salve, oh cruz, única esperanza".

Nosotros participamos en el sacrificio de Cristo. La Cruz es el único sacrificio de Cristo, único mediador entre Dios y los hombres. Pero, porque en su Persona divina encarnada, se ha unido en cierto modo con todo hombre, Él ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual. El llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" porque El «*sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas*». **Él quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios**. Eso lo realiza en forma excelsa en su **Madre**, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

"Para que los apóstoles concibiesen con toda su alma esta dichosa fortaleza, no temblasen ante la aspereza de la cruz, no se avergonzasen de la Pasión de Cristo y no tuviesen por denigrante el padecer subió con ellos solos a un monte elevado, les manifestó el resplandor de su gloria, porque, aunque creían en la majestad de Dios, sin embargo ignoraban el poder del cuerpo, bajo el que se ocultaba la divinidad... Con esa Transfiguración pretendía especialmente sustraer el corazón de sus discípulos del escándalo de la cruz y evitar que la voluntaria ignominia de su Pasión hiciese flaquear la fe de los mismos" (San León Magno).

"Tú te has transfigurado en la montaña, y en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado tu gloria, oh Cristo Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado comprendiesen que tu Pasión era voluntaria y anunciaran al mundo que Tú eres verdaderamente irradiación del Padre" (Liturgia bizantina de la Fiesta de la Transfiguración).

"Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo" (Sta. Rosa de Lima).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

Transfigúrame, Señor, transfigúrame.

*Quiero ser tu vidriera,
tu alta vidriera azul, morada y amarilla.
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de ti en tu gloria traspasado.*

Transfigúrame, Señor, transfigúrame.

*Mas no a mí solo,
purifica también a todos los hijos de tu Padre
que te rezan conmigo o te rezaron,
o que acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.*

Transfigúranos, Señor, transfigúranos.

*Si acaso no te saben, o te dudan
o te blasfeman, límpiales el rostro
como a ti la Verónica;
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean, Señor, como te veo.*

Transfigúralos, Señor, transfigúralos.

*Que todos puedan, en la misma nube
que a ti te envuelve,
despojarse del mal y revestirse
de su figura vieja y en ti transfigurada.
Y a mí, con todos ellos, transfigúrame.*

Transfigúranos, Señor, transfigúranos.

Amén.